



El robot albañil y el reino del plátano

Descripción

Introducción

Hay un tipo de mentira que no se dice con palabras, sino con vídeos. Vídeos cortos, limpios, brillantes. Duran menos de un minuto, tiene música inspiracional y una estética de quirófano, con el suelo limpio, las paredes lisas, el espacio vacío y la iluminación de anuncio de coche alemán. Entra un robot, normalmente con nombre de mascota futurista, y, con la solemnidad de un cirujano y la sensibilidad emocional de una fotocopidora, coloca azulejos, levanta un muro o pinta una pared. Todo recto, todo perfecto, todo sin nadie molestando. Ni una manguera atravesada, ni un desnivel, ni un replanteo dudoso, ni el “oye, que el cliente ahora quiere el enchufe ahí”. Ni el proveedor que trae el material tarde, ni el palé roto, ni la esquina que no está a escuadra porque el mundo real tiene la mala costumbre de existir.

Después del vídeo llega el apóstol, el gurú tecnológico. El iluminado de LinkedIn. Ese personaje que jamás ha tenido que decidir entre tirar un tabique o disimular una cagada, pero que pontifica con la seguridad del que nunca se ha jugado su dinero ni su nombre en un acta de recepción. Ese que usa palabras como “disrupción”, “transformación”, “la IA está redefiniendo”, “esto va a cambiarlo todo”. Y luego suelta *“el futuro de la construcción son los robots.”*

Y ahí es cuando a uno, que lleva veinticinco años en esto, desde el mono hasta la propiedad, desde el destornillador hasta el Excel, se le acaba la paciencia. No porque los robots sean el enemigo, bendita tecnología cuando se usa con cabeza, sino porque la frase

es falsa, peligrosamente falsa. No por ingenua, sino por interesada. Porque no nace del conocimiento del sector, sino del hambre de protagonismo y del desprecio elegante por la realidad.

La construcción no está esperando a que llegue un robot a salvarla, está esperando algo mucho más raro, que dejemos de engañarnos.

La construcción es, por definición, el arte de resolver lo imprevisto y, en los últimos años, además es el deporte nacional de resolver lo imprevisto mal, tarde y barato, para acabar pagándolo todo al final con sangre, con pleitos o con “adicionales” que convierten la obra en un mercado persa con olor a yeso.

Si te dedicas a esto de verdad, si has sido operario, jefe, ingeniero, instalador, constructor, consultor o propietario, seguro que no te cansa la tecnología, sino que te cansa la mentira, la pornografía del vídeo limpio o que te vendan el futuro como si la obra fuese una sala blanca, cuando es un ecosistema vivo de decisiones imperfectas. Y te cansa, sobre todo, una idea infantil, que el robot viene a “solucionar la construcción” cuando la construcción, antes de necesitar robots, necesita una cosa más antigua y más rara, profesionales.

La obra perfecta no existe, pero queda muy bien en vídeo

La primera gran mentira del discurso tecnológico es el escenario. Los robots que alicatan, levantan muros o pintan paredes siempre trabajan en obras vacías, limpias, planas, perfectamente replanteadas. Obras que no existen. Ni han existido nunca. Ni existirán.

No hay obras limpias. No hay obras sin interferencias. No hay proyectos que, por muy repetidos que sean, no escondan una peculiaridad maldita que obliga a replantear algo sobre la marcha. No hay dos obras iguales porque no hay dos realidades iguales. Y eso no es un fallo del sistema, es la esencia misma de construir.

El problema no es que el robot no pueda colocar un azulejo. Claro que puede. El problema es que el azulejo nunca llega a la obra como en el vídeo. Llega con variaciones, con retraso, con partidas mezcladas, con tolerancias creativas y, muchas veces, con un cliente que decide a última hora que “mejor en horizontal” o “mejor más claro”. Y ahí el robot se queda esperando instrucciones mientras el oficial veterano resuelve, improvisa, decide y ejecuta. Mal o bien, pero ejecuta.

La obra no es una cadena de montaje. Es un campo de batalla civilizado donde se negocia constantemente con la materia, el tiempo, el dinero y el ego.

Los proyectos no se cumplen, se sobreviven

En los despachos se habla de proyectos, en obra se habla de soluciones y entre ambos hay un abismo cada vez mayor.

El proyecto ideal, ese que sale del CAD perfecto, alineado, coherente, o del milagroso BIM que ha venido para arreglarlo todo, se cumple, con suerte, en un 50 o 60%, si no menos. El resto se adapta, se ajusta se decide en caliente, o “en obra” como dicen algunos. No porque los técnicos de obra sean unos salvajes, sino porque la realidad es tozuda y el papel, no.

Y hay muchas variables en juego que lo alteran. Errores de proyecto, cambios del cliente, decisiones tardías, proveedores que fallan, normativas que se interpretan distinto según el municipio o el humor del técnico, caprichos de los técnicos y responsables legales involucrados. Todo eso no aparece en los renders futuristas, pero es lo que marca los plazos, los costes y los conflictos.

Y aquí viene el chiste macabro. Cuanto peor se gestiona todo esto, más se habla de robots. Como si la tecnología pudiese tapar la incompetencia organizativa, como si un brazo mecánico fuese a arreglar un sistema que decide tarde, contrata mal y siempre elige al más barato esperando milagros.

Un sector enfermo cuando los técnicos dejan de ser técnicos

La construcción no está en crisis tecnológica, está en crisis cultural.

La brecha entre despacho y obra es obscena. Técnicos que no pisan obra, herramientas digitales que no sirven para quien tiene que usarlas, decisiones financieras disfrazadas de decisiones técnicas, jefes de obra convertidos en contables de guerra, regateando recursos en lugar de resolver problemas y clientes que pagan a previos de Aliexpress y quieren calidad Louis Vuitton.

Y en paralelo, la mano de obra fragmentada con jóvenes que hacen de todo por dinero, sin tiempo para aprender un oficio, veteranos que saben muchísimo de algo muy concreto y

sostienen el sistema con conocimiento no escrito y un mercado que premia la rapidez y el precio, nunca la calidad ni la coherencia.

El resultado es un sector donde se paga con plátanos. Y cuando pagas con plátanos, no atraes ingenieros ni artesanos, atraes monos.

No es una falta de respeto, es una ley económica básica. El talento huye donde no se le respeta. Y luego nos preguntamos por qué no hay relevo generacional, por qué todo va justo, por qué todo acaba mal.



Las dos castas del industrial moderno

El industrial también se ha partido en dos especies perfectamente diferenciadas.

Por un lado, la superempresa, aquella que no ejecuta casi nada, pero subcontrata todo. La que hace de financiera y compra volumen, aprieta precios, estira plazos y vive del margen microscópico multiplicado por toneladas de trabajo. No le importa la calidad de entrega, le importa cuadrar números.

Por otro, la microempresa y el autónomo. El que sabe, el que resuelve, el que hace trabajos concretos con conocimiento real, pero que sobrevive a base de rachas, de favores, de jornadas imposibles. El que tiene debilidad financiera y conocimientos básicos en contabilidad ganados a base de errores y sanciones. El que apaga fuegos hasta que un día peta y cuando peta, nadie se sorprende.

“Es que estaba mal organizado”, dicen los mismos que lo exprimieron.

En medio de este ecosistema precario, aparece el robot como símbolo de progreso, no como herramienta útil, sino como tótem ideológico. Un fetiche cómico que parece pretender ridiculizar un sector que es más un drama que una comedia.

El tecnosolucionismo y la ignorancia disfrazada de futuro

El gurú tecnológico en construcción suele cumplir un patrón reconocible:

- No ha pisado obra o la pisó una vez, con casco nuevo y chaleco impoluto.
- Confunde una demo con una operación real.
- Cree que la improductividad es culpa del obrero, nunca del sistema.
- Habla de “disrupción” como quien habla de yoga, sin saber muy bien qué significa, pero con mucha fe.

Este discurso es cómodo porque desplaza la responsabilidad. Si algo va mal, no es porque el proyecto esté mal definido, ni porque se cambie todo tarde, ni porque se contrate mal, es porque “el sector está atrasado” y necesita tecnología. Más tecnología. Siempre más.

Pero la verdad es mucho más incómoda. La tecnología no arregla procesos inmaduros. Los deja en evidencia. Automatiza el error, lo amplifica y lo cronifica. Y si no vas con cuidado, tumoriza el sistema hasta matarlo, sin posibilidad de entender dónde está el fallo real ni encontrar la manera de volver atrás.

Un robot no decide. Un robot no interpreta. Un robot no negocia con el cliente ni con el material. Un robot ejecuta. Y cuando el contexto cambia, y en obra siempre cambia, el robot se detiene o falla.

El humano, en cambio, por tonto, bruto, torpe o temerario que sea, resuelve. A veces mal, sí. Pero resuelve.

¿Futuro de la construcción? ¿El futuro albañil será un técnico en control de robots como este?



595

57 comentarios · 82 veces compartido

La gran ironía de los robots que funcionan

Hay un detalle que los gurús suelen olvidar y es que los robots sí funcionan. Pero funcionan donde la construcción deja de comportarse como construcción tradicional.

Funcionan en prefabricación, en entornos controlados, en talleres de instalaciones, en procesos repetitivos y estandarizados, en laboratorios de blanco impoluto y geometrías perfectas. Funcionan cuando el proyecto está cerrado, el detalle está resuelto y las decisiones no se toman sobre la marcha.

Es decir, los robots funcionan cuando el sector hace los deberes, hay orden, hay método y hay respeto por el proceso.

Pero eso no vende épica, no vende vídeos virales y, por supuesto, no vende la fantasía del robot albañil sustituyendo al humano torpe e incompetente. Vende trabajo serio, lento y poco sexy. Y eso, en redes sociales, es pecado mortal.

El robot es válido en un ámbito donde replicar las cosas de manera repetitiva es factible., Pero cuando todo depende del arte, de la creatividad, de la inspiración e incluso, a veces, de un toque de suerte, el robot no tiene nada que hacer, porque no es capaz de adaptarse al caos y a la irracionalidad de hacer las cosas para acabar como sea porque, al final, los que estamos en la construcción, bien sabemos que todas las obras se terminan y los planos asbuilt, esos que muestran como se ha construido finalmente, rara vez representa la realidad fiel y no el producto final no se ajusta al proyecto original.

Conclusiones y opinión puramente del autor

El futuro de la construcción no son los robots. Son una consecuencia posible, no una causa. Un amplificador, no un salvador.

Mientras el sector siga decidiendo tarde, cambiando todo en obra, contratando por precio en lugar de por valor, separando despacho y realidad y pagando con plátanos y esperando ingenieros, los robots serán juguetes caros, demos bonitas y excusas elegantes para no mirar el problema de frente.

El futuro de la construcción no son “los robots”, el futuro de la construcción es dejar de comportarse como una industria que presume de modernidad con drones mientras sigue gestionando el proyecto como si fuese una pelea de bar.

Los robots no vienen a salvar un sector que se auto-sabotea comprando barato, decidiendo tarde y arreglando a martillazos lo que se pensó mal en oficina. Un robot no es un redentor, es un amplificador. Si le das un proceso decente, multiplica rendimiento. Si le das un proceso enfermo, multiplica el desastre, pero con factura de alta tecnología.

La construcción no necesita más gurús, necesita más técnicos que sepan de técnica, más procesos adultos, más proyectos pensados para construirse, no para lucirse y más cordura vocación y respeto por el oficio y por el oficial.

Y entonces, solo entonces, los robots tendrán sentido. No como héroes futuristas, sino como lo que siempre debieron ser, herramientas al servicio de un sistema inteligente.

Hasta entonces, que sigan los vídeos. Al menos sirven para algo, para identificar rápidamente a quien habla del futuro sin haber entendido nunca el presente, al farsante disfrazado de gurú y que da valor a eso de que es mejor permanecer callado y parecer idiota en lugar de hablar y despejar las dudas.